

de los huéspedes ilustres que se habían rendido en Erfurt. Hizo venir con grandes gastos del guardamueble de la corona, los bronceos, las porcelanas, los más ricos tapices, los mobiliarios más suntuosos. Quiso que la Comedia-francesa contribuyese en realzar la esplendidez de estas fiestas, dando ante este auditorio de soberanos las principales obras maestras de la escena francesa desde *Cinna* hasta la *Muerte de César*. El día fué empleado en pasear, en maniobras militares, en grandes cacerías en los campos sajones. Por la tarde los dos emperadores comieron en casa de Napoleón; marchándose en seguida al teatro para oír á Corneille Racine y Voltaire interpretados por Talma y Mlle. Duchesnois. La velada se finalizaba en casa del emperador de Rusia.

Todos los clientes naturales de Napoleón acudieron precipitados para responder á su llamamiento haciendo acto de presencia en Erfurt, porque no perdía él de vista su objeto principal, y era éste el rodearse de una corte de reyes, así quiso ahora darse á conocer á Europa.

Se veía en este cortejo á los reyes de Baviera, Wurtemberg, Sajonia, Westfalia, al príncipe Guillermo de Prusia, y al lado de estas estrellas de primera magnitud, la pléyade oscura de los príncipes de la Confederación del Rin. Esta reunión casi exclusivamente germánica, debía sobre todo demostrar á los ideólogos alemanes la vanidad de sus sueños. ¿Todo lo que contaba en Alemania por el poder, el rango, la riqueza, no estaba allí? ¿No se iba hasta á dar á entender que el emperador de Austria había implorado, sin poderlo obtener, el favor de ser admitido en las conferencias de Erfurt? Este rumor era poco verosímil, porque después de una afrenta semejante, el emperador de Austria no hubiese ciertamente enviado á Erfurt al barón de Vincet con una carta llena de los cumplidos más expresivos para el emperador de los franceses, pero la credulidad con que se acogía semejantes rumores da una idea del tono de altanería y omnipotencia que tomaban en Erfurt los dos árbitros de Europa.

Al lado de estos poderosos de la tierra dichosos de su sujeción, y satisfechos de ser los cortesanos del rey de los reyes, ¿qué podían los pobres conspiradores del *Tugendbund* y del *Teutchbund*? ¿No había ningún inconveniente de dejarles en paz en sus cuevas para exhalar su místico amor por la gran *Teutonia*, abstracción de metafísicos digna de un culto también quimérico!

Luégo, defección más cruel aún, los reyes de la

inteligencia vinieron á su vez á inclinarse ante el César. Goethe y Wieland fueron presentados á Napoleón, se mostraron en su corte, haciendo servir su gloria para adorno de su triunfo. El patriotismo germánico tuvo que sufrir duras pruebas en Erfurt, pero se puede decir que de todas estas humillaciones, de la que los alemanes se resintieron profundamente fué de la de ver á su más grande genio literario engalanarse con los favores del opresor de sus países. Los hombres de la generación de Goethe le han guardado siempre rencor por su debilidad con Napoleón; la nuestra se ha mostrado más indulgente, y en nuestros días la crítica trascendental no está lejos de hacerle de ello un título de gloria. Ve en ello el signo de una serenidad casi divina, de una comprensión imparcial, superior á los pequeños altercados de acá abajo. Goethe mismo se guardó de dar en tal tema, sería injusto hacerle de ella responsable. Se limita en sus *Conversaciones con Eckermann* á exponer las circunstancias atenuantes. Según toda probabilidad, habría acogido con una sonrisa mefistofélica los desvarios de sus apologistas. Su justificación, tal como él la presentaba, era mucho más modesta. Generalizando el reproche que le era dirigido, examinaba con una evidente emoción, en la cual se siente como un remordimiento mal dormido, si había podido y debido ejercer en favor de su país oprimido la acción militante y generosa de Kœrner, de Arndt, de Rückert, y lejos de alegar una incompatibilidad absoluta entre el papel de poeta y el de ciudadano, se excusaba recordando que entonces tenía sesenta años en lugar de tener veinte, que no era ya capaz de sentir ni de expresar las pasiones guerreras, á lo cual se puede añadir que Goethe había quedado siendo, bajo muchos respetos, un hombre del antiguo régimen, que llenaba una función de corte después del gran duque de Weimar, circunstancia embarazosa para un Olímpio: «¿Cómo, decía, habría podido tomar las armas sin odio? ¿Y cómo habría yo podido aborrecer sin juventud? Si este suceso hubiese venido á mis veinte años, *no hubiera yo quedado el último...*

Además, no podemos servir todos al país del mismo modo; cada uno hace mejor según lo que Dios le ha deparado. Yo me he dado bastantes tormentos durante medio siglo... no me he permitido ninguna distracción, no he descansado ni de día ni de noche; yo he marchado siempre adelante, siempre he buscado, siempre he obrado tan bien como he podido. Si cada uno puede decir lo propio, entonces todo irá bien.»



LA CAPITULACION DE BAILEN (por J. Casado Alisa)

Admirable apología y digna de este grande espíritu tan superior á su triste escuela. La tesis así transformada no tiene nada que no sea muy plausible, porque no pretende erigir en mérito y casi en virtud una ineptitud natural. Es cierto que un genio de este orden presta también grandes servicios á la humanidad produciendo obras que honran y elevan al espíritu humano matriculándose en la más legítima insurrección. El que cumple su obligación como pensador puede dispensarse de cumplirla como soldado. Mas por esto mismo que se invoca esta especie de exoneración, se reconoce que sería más grande quien pudiera llenar las dos tareas á la vez. Además, esta hábil defensa, nótese bien, tiende á amnistiar la abstención y la neutralidad, no absolviendo la connivencia. Se puede dispensar al poeta obrar como un patriota, pero no de tener los sentimientos, á menos de hacerle descender al último rango de los aficionados. Ahora bien, Goethe yendo á saludar á Napoleon y recibiendo de él la condecoración de la Legión de Honor en presencia de la Alemania humillada, no era ni un indiferente, ni un curioso; hacía acto de adhesión, salía de esta actitud de resignación pasiva en donde él decía querer refugiarse, daba un golpe doloroso á los que se preparaban para combatir por la restauración de su país. Él mismo ha contado en una nota circunstanciada, la acogida lisongera que le hizo Napoleon. Después de haberle observado algunos instantes en silencio, el emperador le dijo: «*¡Sois un hombre, señor de Goethe!*» Por cierto el elogio era grande y merecido. Mas reconociendo que Goethe era en efecto un hombre en la más alta aceptación de la palabra, se debe añadir que en esta circunstancia no era sino un chambelán.

El efecto teatral que Napoleon vió en esta solemne parada de Erfurt una vez producido, su objeto principal era alcanzado, porque las cuestiones políticas que le quedaban por resolver con Alejandro no podían hacer nacer ninguna dificultad seria. Ante la cesión inmediata y cierta de dos provincias también importantes como la Valaquia y la Moldavia, el tsar renuncia sin mucha pena á este reparto del imperio otomano con el cual se le había entretenido durante más de un año. Alejandro debía resignarse tanto más fácilmente cuanto que la recíproca que se le pedía en cambio de una ventaja tan preciosa para él era aún menor que en Tilsit. Obligábase en efecto, por el tratado de Erfurt á continuar á Napoleon su cooperación en la guerra contra Inglaterra (art. 2), y en caso necesario contra Austria (art. 10); mas los negocios de España ponían en el tercer

plan toda tentativa contra Inglaterra, y en cuanto á la guerra eventual con Austria, las condiciones eran arregladas en términos tan vagos y tan generales, que el modo y forma del concurso prometido por Alejandro quedaban poco menos que á su discreción. Se obligaba solamente «á declararse contra Austria en el caso de que Austria se pusiese en guerra con Francia.»

Francia se obligaba por su lado á hacer causa común con Rusia si Austria intentaba oponerse á la ocupación de los principados. La sola promesa bien absoluta que el tratado impuso á Alejandro era el reconocimiento del «nuevo orden de cosas establecido por Francia en España;» mas, ¿quién no ve que lejos de imponerle ningún sacrificio esta promesa, no podía sino colmarle de gozo? Probaba, en efecto, que esta guerra de España, causa de todos los obstáculos actuales de Napoleon y que nos neutralizaba en Europa, iba á perseguirle hasta acabar para atarnos las manos á Francia. En cambio de dos provincias que la Turquía no podía disputarle, el tsar cedía un país en rebelión, un volcán en erupción que iba á devorar los ejércitos franceses y perpetuar los obstáculos de Francia. Este presente funesto que Alejandro ofrecía con tan buena voluntad no podía dejarle sino un pesar, el de no tener varias Españas para dárselas todas á Napoleon.

El tratado de Erfurt debía ir como el de Tilsit acompañado de una proposición de paz, hecha á Inglaterra sobre las bases del *uti possidetis*. Esta disposición dió lugar á un corto debate que es demasiado característico para pasarlo en silencio. La paz propuesta á Inglaterra teniendo por primera condición su adhesión previa al establecimiento de Napoleon en España y Portugal, al de Alejandro en Finlandia y en los Principados, «las altas partes contratantes» no podían disimular que su oferta corría gran riesgo de no ser igualmente desofda. Napoleon propúsose evitar esta dificultad prevista, aplazando toda notificación á la Turquía respecto de los Principados para cuando se hubiese recibido la contestación del gabinete británico. «Una vez, decía, que la Inglaterra estaría decidida á la paz, una vez se hubiese producido en favor de la paz una de esas corrientes de opinión que hacen la ley al gobierno, se encontraría demasiado avanzada para retroceder, se vería forzada á consentir en todo, y Alejandro podría sin inconveniente desenmascarar sus proyectos rompiendo con Turquía. Si al contrario esta ruptura tenía lugar prematuramente «la inesperada noticia que iba á recibir Inglaterra de que un tal poder entraba en sus miras, le haría más exigente.»

